

todo lo corrompe y que amenaza destruir todo germen de Cristianismo, eso precioso germen, libre del funesto terreno de aluvion que lo ahoga, brotará más vigoroso y más robusto, crecerá rápidamente y se convertirá en árbol majestuoso de la *ciencia del bien*, del verdadero progreso, de la resurreccion y de la vida.

En cuanto al clero, si una crisis religiosa se verifica, él será la primera víctima; porque Dios, en este género de pruebas, *comienza siempre por el santuario*. (Ezech., IX.) La Iglesia sufrirá tal vez, en la persona del sacerdote, un nuevo bautismo de sangre, que la purificará más y más, que le hará rejuvenecerse, y que la salvará, como siempre, en el momento mismo en que parezca que va á perecer. Lo que nos parece muy probable es que, como el clero podrá ser dispensado y reducido, á pesar de su celo, á no poder hacer otra cosa que sufrir, la accion religiosa quedará entónces en manos de la mujer católica, y ella será la que, en cierta manera y en cuanto le sea posible, reemplazará momentáneamente la accion del clero, que parecerá haber desaparecido. Esto se ha visto ya muchas veces y puede volverse á ver.

La mujer ha participado del paganismo ménos que el hombre. Ella no ha experimentado sus efectos sino de rechazo; ella lo ha sufrido, pero no lo ha amado ni lo ha acariciado; ella no lo defiende ni lo diviniza. Este triste papel se ha reservado al hombre. Ella es la primera víctima del paganismo y no puede creerlo. El Cristianismo, arrojado de todas las posiciones que ocupaba en la sociedad europea, se ha refugiado en el corazon de la mujer católica, verdadero santuario del pudor y de la devocion, y, por consiguiente, digno de que en él habite la religion de la santidad y del amor. En las grandes solemnidades de la Iglesia, de cien personas que se acercan á la sagrada mesa, se ve apénas un hombre, y todas las demas son mujeres. De aquí es fácil deducir que el número de los verdaderos cristianos entre los hombres es el de uno por ciento en comparacion de las mujeres. Y estando las mujeres cuasi solas para conservar el Cristianismo, estarán tambien cuasi solas para restablecerlo, si llega el caso. La mujer fué la que salvó el Catolicismo en Francia al fin del siglo XVIII, y ella será tambien la que lo salvará en Europa al fin del siglo XIX.

Al lado de un trabajo infernal de demolicion de todas las creencias y de todas las prácticas cristianas, se apercibe un trabajo ce-

lestial de reconstruccion de esas mismas creencias y esas mismas prácticas, y este trabajo se hace en secreto principalmente por las mujeres. De modo que nos parece indudable que la mujer va á desempeñar un papel muy importante en la gran restauracion católica que salvará á la Europa, y á la que concurren de acuerdo la industria y la política, el protestantismo y el cisma, las ciencias naturales y la filosofía.

Es, pues, muy importante en la actualidad ocuparse sériamente de la mujer, á fin de educarla y hacerla apta para la gran mision á que está llamada. Nosotros creemos que la verdadera *escuela de las mujeres* (1) no está en el teatro, sino en la Iglesia; no está en la lectura de las comedias, sino en el conocimiento del Evangelio, ese espejo divino que representa la imágen fiel de la mujer sabia, grande, sublime y perfecta; de la mujer tal como debe ser para que sea un medio de edificacion, un ministro de ventura para la religion, para la familia y para la sociedad.

§ VII. — La importancia especial del Catolicismo para la mujer, probada por el estado de degradacion y de opresion á la mujer en todos los pueblos extraños á la verdadera religion. — El paganismo es necesariamente hostil á la mujer. — Triste condicion de la mujer en los antiguos pueblos. — El matrimonio entre los árabes.

Pero, ademas de las circunstancias excepcionales en que se encuentra la Europa, y que exigen que se eduque á la mujer de una manera especial, no sólo el interes de la familia y del Estado, sino el interes bien entendido de la mujer misma, exige que se eduque cuidadosamente en el Catolicismo, y que ella misma trabaje con todas sus fuerzas para mantener, para afirmar y propagar el Catolicismo.

Uno de los espectáculos más odiosos y repugnantes que nos presenta la historia de la humanidad es el de la triste condicion de la mujer ántes de la venida de Jesucristo, lo mismo que en aquellos

(1) Alude aquí el autor á la comedia de Molière titulada *La Escuela de las mujeres*, y á otras comedias del mismo género, en las que la mujer sólo aprende á hacerse presumida, de lo cual no tiene necesidad, á engañar á su marido y á olvidar impunemente sus deberes.

países donde no se conoce ni se adora á Jesucristo como debe ser conocido y adorado. Así como la historia de la verdadera Iglesia es en gran parte la historia de la grandeza y de la gloria de la mujer, de la misma manera la historia de las falsas religiones y de las herejías es la historia de sus desgracias, de su degradacion y de su humillacion, bajo el aspecto de su personalidad civil y humana.

Como si ella no hubiera tenido bastante con el anatema que se le había fulminado en la persona de la desventurada Eva; como si no hubiera tenido bastante con los dos castigos que este mismo anatema hacía pesar sobre ella, *de estar sujeta siempre al hombre, y de dar á luz sus hijos con dolor* (Genes., III), el hombre, apóstata de la verdadera religion, abusando escandalosamente de su dignidad y de su fuerza, ha considerado siempre y en todas partes como un deber, y se ha complacido cruelmente en envilecer á la mujer y en tratarla como al más depravado y al más despreciable de todos los seres.

En oposicion á la verdadera religion, cuyo autor es Dios, que ordena la represion de la fuerza y el respeto á la debilidad en las relaciones mutuas de los hombres, el paganismo, la religion que el hombre inventó para satisfacer sus goces y sus pasiones, sólo inspira la opresion de la debilidad y la consagracion y la apoteosis de la fuerza. Así, pues, tan pronto como esta extraña religion, esta obra maestra de la necedad y de la impiedad del hombre, se estableció en el mundo, la mujer, débil físicamente con respecto al hombre, fué la primera que experimentó en todo su rigor los terribles efectos del privilegio que la fuerza se había atribuido en perjuicio de la debilidad. En todas las naciones idólatras, así como el padre era un déspota y el hijo una víctima, la mujer era una esclava, y aún mucho más esclava que el hombre cuando caía en la esclavitud; ella no era más que una *cosa*, ó más bien, ella era la más triste, la más funesta y la más despreciable de todas las cosas.

La *unidad*, la *indisolubilidad* y la *santidad* del matrimonio dan á la mujer un sér propio, una personalidad propia, le aseguran una posicion honrosa en la familia y en el Estado, y forman su grandeza y su dignidad. Una vez abolida la unidad del matrimonio por la poligamia, quebrantada su insolubilidad por el divorcio ó profa-

nada su santidad por la prostitucion, la mujer, en la sociedad doméstica, no es ya una persona que tiene grandes derechos é importantes deberes; ella no es más que un instrumento de placer para el hombre, una *cosa* puramente pasiva, despojada de todos los derechos de la personalidad humana, del *yo* humano, despojada aún del poder de querer por sí misma, de pensar en sí misma y de existir por sí misma. Esto fué precisamente lo que sucedió desde que el paganismo arrojó de la familia la unidad, la insolubilidad y la santidad del matrimonio, y convirtió esta gran institucion divina, principio y base de la sociedad, en un hecho puramente humano, cuyas condiciones imponia el hombre solo, y cuyas utilidades se apropiaba; en una union vaga, pasajera y accidental de los dos sexos, poco más ó ménos que la que tiene lugar entre los brutos, á excepcion de que el hombre se servía de la mujer por el tiempo que le parecia, y despues la arrojaba de sí, lo cual no hace el bruto.

Así como en los pueblos en el estado nómada y doméstico la mujer no era más que una propiedad, una cosa privada en manos de su dueño, de la misma manera en los pueblos constituidos en sociedad civil, la mujer no era más que una propiedad, una cosa pública en manos del soberano, que se servía de ella para recompensar al hombre de las molestias que le causaba el servicio del Estado; porque en esos mismos pueblos todo el hombre que no tenía el poder público era una propiedad del Estado. Así, pues, entre los babilonios, los fenicios, los tracios, los mogoles y los espartanos, la prostitucion era obligatoria para todas las mujeres, como el servicio militar para todos los hombres. En algunos pueblos, como entre los armenios, se consagraban las jóvenes á una diosa, se las encerraba en ciertos templos, convertidos en harenes, en serallos públicos, de donde no podían salir para desposarse con un hombre sino despues de haber pasado cierto número de años sirviendo al público en cualidad de mujeres públicas; así como los hombres no eran dueños de sí mismos ni podían establecerse sino despues de haber servido al público como soldados. Pero el Estado, que no se mezclaba en el establecimiento de los hombres, se había reservado el derecho de establecer las mujeres; porque él era quien casaba á las doncellas que habían dejado de serlo, vendiéndolas en pública almoneda, como á un vil rebaño. Muchas veces, como

en Lidia, se las degradaba en público, y el precio de la deshonra era la dote y la condicion del matrimonio (1).

Por lo demas, la venta de la mujer estaba admitida en todos los pueblos de la antigüedad. Vendida por sus padres á aquel que queria casarse con ella, se hacia su *propiedad mobiliaria*, y sufría todas las consecuencias de esta condicion. Ella era vendida ó muerta por su marido, segun se le antojaba.

Aun el matrimonio mismo, en cuasi todos los pueblos asiáticos, no era otra cosa para la mujer que un largo y cruel martirio, que sólo se terminaba por la inmolacion de la víctima. Si ella tenía la desgracia de envejecer en vida de su marido, ó más bien, de su tirano; tenía éste el derecho de deshacerse de ella por medio de la extrangulacion, como se mata una bestia cuando no se halla ya en estado de poder servir. Si el marido llegaba á morir, se inmolaban sobre su tumba todas sus mujeres, ó al ménos aquellas que más amaba. Muchas veces el mismo padre de la esposa era quien degollaba con sus propias manos á su hija sobre el sepulcro de su yerno.

Todos saben que entre los indios el sacrificio de la mujer se halla en uso aún en el dia de hoy. Se obliga á la mujer, como lo hemos dicho ántes, á dejarse quemar en la misma hoguera donde se quema el cadáver de su marido, teniéndole en sus brazos. Los tártaros hacian lo mismo. En algunos pueblos, por abreviar, no se daba á la mujer el trabajo de morir; sino que se la enterraba viva con los restos de su marido.

Entre los partos, matar á su mujer, y aún á su hermana ó á su hija, era para el hombre una cosa tan indiferente como matar un gato. En general, en cuasi todos los pueblos paganos, el derecho de vida ó muerte estaba reconocido y garantido por las leyes al marido sobre su mujer, como al padre sobre sus hijos. Así, pues, no contento el hombre con haberse constituido señor absoluto de su mujer; se habia constituido tambien en juez de ella, y ya se sabe lo que es el juicio de un tirano.

Los egipcios habian quitado á los hijos la obligacion de alimen-

(1) Las pruebas y los documentos de lo que hemos dicho y dirémos en adelante sobre este triste asunto, pueden verse en la *Historia de la familia*, del abate Gaume, que hemos citado más arriba, en la que este sabio autor ha tratado extensamente esta materia, que nosotros no podemos tratar más que de paso.

tar á sus padres ancianos, y habian dejado esta obligacion sólo á las hijas, las cuales la cumplian vendiendo su honor.

Entre los árabes, cuando en una tribu habia más mujeres que las que se necesitaban, mataban todas las que nacian, ó las enteraban vivas en una fosa pública destinada á este uso, á la manera que cuando una perra pare mayor número de perros que los que el dueño necesita, se los quita y los mata. Porque, en efecto, en todos los pueblos paganos se hacia ménos aprecio de una mujer que de una burra, y aún que de una perra. Despues que se habia abusado de ella, se la maltrataba de todos los modos posibles.

Entre los galos, lo mismo que entre los germanos, la mujer era, á los ojos de la ley, la esclava del hombre, que debia trabajar para su marido miéntras él vivia, y despues de su muerte se debia matar sobre su tumba para ir á servirle al otro mundo. Esta horrible legislacion no era otra cosa que el reflejo de este dogma religioso, más horrible aún, que el pueblo profesaba: *La mujer es un sér impuro, y por consiguiente, excluido para siempre del VALHABIA ó del PARAÍSO DE ODIN, á no ser que ella misma se dé la muerte para ir á reunirse á su esposo*. En esos mismos pueblos se trataba á las mujeres como á verdaderas bestias de carga; ellas eran las que estaban obligadas á labrar la tierra y á llevar sobre sus hombros las cargas más pesadas. Y ¿no se ven aún, en el dia de hoy, en ciertos países del África, al fiero árabe caminando á caballo, y su mujer siguiéndole á pié, anhelante y fatigada por la carrera, y agobiada bajo el peso del fardo con que su marido la ha cargado para aligerar á su caballo?

Mas ved aquí otros detalles que un periódico grave publica en estos momentos sobre el matrimonio entre los árabes de nuestros dias:

«En Europa, dice, el matrimonio es un contrato de buena fe entre el hombre y la mujer. Ésta, sobre todo, se ve rodeada de las atenciones y los miramientos de su marido, que generalmente hace todos los esfuerzos posibles para proporcionarle la vida más cómoda y agradable.

»No sucede lo mismo en África, sobre todo en las tribus que no tienen idea alguna de la civilizacion europea. El hombre no se casa por el deseo de tener una compañera, sino con el solo objeto de tener una esclava que provea á todas sus necesidades.

» Ved aquí cómo se contratan ordinariamente los matrimonios en aquellas tribus.

» El hombre á la edad de quince años comienza á estar á cargo de su familia ; entónces se le hace conocer la necesidad de crearse una posicion , que consiste en tomar una mujer.

» La madre ó el padre del jóven, con el consentimiento de éste, sale en busca de una mujer ; y cuando creen haber encontrado lo que les conviene, se presentan al padre de la jóven, y despues del saludo de costumbre, se entabla el diálogo siguiente :

»— ¿Teneis una hija?

»— Sí.

»— Pues nosotros tenemos un hijo.

»— Sea enhorabuena.

»— Á quien queremos casar.

»— Está muy bien.

»— Con vuestra hija, si sois hombre con quien se puede hacer negocio.

»— Tal vez podrémos entendernos.

»— ¿Cuánto es lo que vos quereis? ¿Cuáles son vuestras condiciones?

»— Mi hija sabe guisar, sabe tejer admirablemente, lava muy bien, y reúne, en una palabra, todas las cualidades que puede un hombre desear.

»— Sí, ya lo sé; pero no me decís vuestras condiciones.

»— Mi hija tiene en toda la tribu una gran reputacion de virtud.....

»— ¡Vuestras condiciones! Este es el punto más importante.

»— Todas las cualidades de mi hija no podrian pagarse como se deben ; sin embargo, como yo no soy muy amigo de hacer negocio, y quiero tratar con vos, y la prueba de esto es que tal y tal persona me están instando sobre lo mismo, os daré la preferencia por cuarenta duros.

»— Esa es una cantidad fabulosa ; será imposible que nos entendamos si no bajais el precio.

» Para terminar este diálogo, el matrimonio se concluye ordinariamente con una rebaja muy considerable. Así es que, de cuarenta duros, bajan muchas veces hasta diez, y algunas veces hasta cinco.

» Entónces la jóven es conducida á casa de su comprador, quiero decir, de su marido, y allí entra inmediatamente en el desempeño de sus funciones.

» La mujer árabe, en la tienda de su marido, hace las veces de molinero: ella pasa la mayor parte del dia moliendo el trigo en un pequeño molino de mano ; de panadera, de cocinera, de pastelera, de cafetera, de tejedora, de sastre y aún de albañil. Ella es también quien va á buscar la leña, quien lleva los animales al campo, etc.

» El hombre no hace absolutamente nada. Miétras que la mujer trabaja, él está sentado junto á su tienda bebiendo las tazas de café que su mujer le prepara. Tal es la posicion que se crea un jóven cuando se casa.» (*La Patrie*, 26 de Abril de 1854.)

En estos matrimonios, como hemos visto, el pensamiento del marido no se dirige á la mujer como sér inteligente, como sér moral, como sér llamado á formar una sociedad con el hombre, sino á las cualidades físicas de la mujer, á su aptitud para las cosas materiales. El marido no compra en su mujer más que una sirvienta para las necesidades de su vida animal, y no una AYUDA, *adjutorium*, para las nobles funciones de la paternidad, que elevan al hombre hasta asociarle á las funciones del Dios criador. Él no compra más que una máquina animada, una bestia que anda en dos piés, y que, por lo mismo, es más á propósito para ciertos quehaceres domésticos que las otras bestias que andan en cuatro piés; pero bajo otros aspectos, cree comprar una bestia ménos útil; porque, pagando treinta duros por un caballo, pocas veces pagan más de diez por una mujer, y porque lo mismo á su caballo que á su mujer los estima en proporcion de la cantidad que les han costado.

Y si esto sucede en nuestros dias, en presencia de la posicion honrosa en que la civilizacion cristiana ha constituido á la mujer entre los europeos, puede juzgarse cuál sería la condicion de esta desventurada criatura ántes del establecimiento del Cristianismo, cuando no habia vestigios ni aún ideas de esta civilizacion.